

“quedan” de lomo. Se puede tomarlos y leerlos, releerlos, o consultarlos para sacar de ellos lo que pudiera interesarnos.

Si desde hace pocas décadas el cambio más acelerado que se está produciendo es el de carácter científico y tecnológico, ¿cómo no esforzarse por procurar estar al día, o casi, en ambos sentidos? Los resultados de la investigación científica, como también los literarios, se vierten en libros y otros tipos de publicaciones. Bolaño recordaba que “leyendo se aprende a dudar”, y Fernando Savater insiste en que hacemos filosofía “no para salir de dudas, sino para entrar en ellas”, y quizás sea la duda, precisamente, lo que incomoda a algunos.

Irene Vallejo, la sobresaliente autora de “El infinito en un junco”, publicó en 2020 un breve “Manifiesto por la lectura”, y, como dice ella, “narramos, escribimos y leemos...”, lo cual supone siempre haber escrito y publicado, “porque así es como nos fabricamos la fabulosa herramienta del lenguaje”.

“El hábito de leer” —que supone obviamente las tareas de investigar y difundir— “es la manera que tenemos de imaginar el futuro que nos une”.

AGUSTÍN SQUELLA

relación con la práctica docente, nos lleva a pensar en qué tipo de encargos debemos diseñar para, efectivamente, plantear un desafío intelectual a los estudiantes.

También nos invita a conversar sobre distintas experiencias de usuarios de la IA generativa, para contrastarlas con posibles presunciones al respecto.

Me parece que el tema de fondo es que tenemos que hacerles ver a los jóvenes que un buen uso de la IA no radica únicamente en lograr resultados decentes en tiempo récord, sino en favorecer y enriquecer nuestros procesos de pensamiento y, por lo tanto, nuestro potencial como seres humanos. Como dijo Cristián Warnken días atrás, en una actividad con estudiantes, urge introducir una mirada humano-céntrica de la IA, en contraste a la visión nihilista que tanto nos amenaza.

Warnken llevó a los jóvenes a mirar la historia de las ideas: les recordó que Descartes enseñó que la existencia humana tiene como fundamento la capacidad de pensamiento, que Pascal dijo “el hombre es una caña que piensa” y que Kant apuntó a que la autonomía del ser humano reside en actuar conforme a la razón.

Qué triste sería que la nuestra fuera la generación que invitó a los jóvenes a no pensar y, peor aún, que les legitimó y facilitó la trampa.

MARÍA CRISTINA SILVA

Académica Facultad de Comunicaciones
Universidad del Desarrollo

“Acuerdos políticos sostenibles”

Señor Director:

Hernán Larraín M. y María José Abud, de Horizontal, escriben a su diario respondiéndome, pero no responden, ni objetan ni reflexionan nada acerca de lo que nos convocaba. Independientemente de esto, puedo agregar que estoy de acuerdo con lo que dicen esta vez.

FERNANDO CLARO V.

Fundación para el Progreso

El precio de volar

Señor Director:

Hace algunos días viajé a Buenos Aires utilizando una aerolínea *low cost*. Y aunque uno entiende el modelo de negocios —tarifas reducidas a cambio de menos comodidades—, la experiencia actual parece haber cruzado hace rato la línea entre austeridad y absurdo.

El pasaje incluía prácticamente solo el derecho a sentarse dentro del avión. Sin maleta, sin *snack*, sin asientos reclinables, sin espacio razonable, sin entretenimiento y con una larga lista de cobros adicionales por casi cualquier cosa.

Pero lo más llamativo ocurrió al abordar el vuelo de regreso. Llevábamos unas bolsas con regalos simples: alfajores, golosinas y un par de tazones comprados durante el viaje. Resultado: US\$ 93 de cobro extra por persona. En total, US\$ 186 por subir con recuerdos normales para cualquiera que vuelve de un viaje corto.

¿En qué momento viajar dejó de incluir el derecho razonable a llevar ropa, objetos personales o pequeños recuerdos, sin transformarse en una oportunidad permanente de facturación?

Hoy, las aerolíneas cobran por la maleta, por elegir asiento, por embarcar antes, por obtener un mínimo de comodidad y

“¡Nos enseñaron a hacer trampa!”

Señor Director:

Esas palabras, textuales, dijo un adolescente a su madre cuando en el colegio le enseñaron a usar IA generativa para encargos académicos.

Seguramente, el profesor a cargo acompañó la actividad con un protocolo clarísimo en torno a cuándo y de qué manera podía usarse la IA para trabajos y tareas. Probablemente, habló de honestidad intelectual y derechos de autor. Pero el efecto estuvo lejos de ser el esperado: el joven simplemente se quedó con la idea de que le habían enseñado a burlar el sistema y, lo más insólito, que el colegio lo legitimaba.

Esta simple anécdota interpela fuertemente a profesores, tutores y padres. En